

Es en esta coyuntura en que aparece la *Revista Histórica*, órgano de difusión del Instituto Histórico del Perú. Esta se inaugura, en parte, con “la publicación de *La historia del Perú* de José de la Riva Agüero, en 1910”. Así, se puede decir que la historiografía colonial se inicia con la *Revista Histórica* y se rescata el “mundo colonial como fuente fundamental para un discurso de tradición nacional” (215). Es éste un discurso conservador, que podemos llamar hoy “hispanófilo”, pero tiene el mérito de la inclusión de textos y autores de la colonia que habían sido dejados de lado.

El libro destaca, también, por sus interesantes propuestas sobre la identidad nacional peruana, el mestizaje, la invasión española. Dice Cortez: “En la trayectoria vital del mestizo cuzqueño se cifraba un discurso de la identidad nacional que idealizaba un encuentro cultural e histórico entre lo europeo y lo andino, borrando la violencia y la opresión que tal encuentro había significado y continuaba haciéndolo para las sociedades indígenas de comienzos del siglo XX” (250).

Biografía y polémica hace honor a su nombre cuestionando al lector: ¿por qué al Perú no le interesa su archivo? Además de interpelar al lector, Cortez le ofrece calidad intelectual y abordajes originales.

Faltaba un libro como éste: una historia crítica del canon historiográfico y una historia crítica del canon literario peruano. Presenta una amplia bibliografía consultada, leída y analizada cuidadosamente, y racionalmente trabajada en 14 páginas. Esto demuestra, por una parte, sus amplias lecturas, la pertinencia de

ellas y la actualidad de lo que expresa. Sus fuentes son internacionales y el autor es hábil en varias lenguas, lo que le permite acercarse a otros ámbitos de crítica y consenso. Este hecho enriquece notablemente la elaboración del texto, de sus discusiones y de sus conclusiones, necesarias para sustentar la actitud polémica, reivindicacionista del inteligente autor.

Lydia Fossa

Universidad ESAN, Lima, Perú

Marcel Velázquez Castro. *Hijos de la peste. Una historia de las epidemias en el Perú*. Lima: Taurus, 2020. 246 pp.

Hijos de la peste (2020) es un ensamblado de cuatro ensayos, pertenecientes a la historia cultural, que tematiza la historia de las epidemias en el Perú contemporáneo. Cada uno de los apartados —precedidos por una introducción y seguidos por un epílogo— abordan una arista del entramado histórico de la peste: historia, miedo, violencia y humor. En todos ellos resalta, como tema transversal y recurrente, las desigualdades sociales. En efecto, las patologías colectivas no solo se insertan en un esquema social profunda e históricamente inequitativo en el país andino, sino también, a contramano, este se ve reforzado y consolidado por aquellas.

En la primera sección, se perfila, aunque no de manera diacrónica, una historia de las pestes en el territorio peruano. Se constata que la Conquista hispánica, asentada desde ya en la violencia militar y cultural, tuvo como correlato involuntario y

sutil una exterminación epidemiológica de los nativos: “El orden colonial que se levantó sobre la sangre y trabajo de indios y esclavos negros no estuvo exento de graves y mortales brotes epidémicos” (33). La viuela y el sarampión fueron armas invisibles a favor del régimen colonial. Aún en el s. XIX y el s. XX estas enfermedades no cesaron de causar estragos dada la renuncia de la población a nuevos tratamientos tales como el “fluido vacuno”, el cual ulteriormente mutará en vacuna. Inclusive, se suman otras afecciones: tifoidea, malaria, paludismo, tuberculosis, fiebre amarilla, peste bubónica. Mas el período decimonónico —que el autor en otros libros ha abordado ya con lucidez— enhebra o, en todo caso, prolonga y robustece un dispositivo de saber y poder en torno a la asociación de conceptos como la salubridad y el decoro. Es el nacimiento del “higienismo”: allá los indígenas, los negros y los chinos: procaces, sucios y mórbidos; aquí los blancos: decentes, límpidos y lozanos. A esto se le añaden medidas efectistas y superficiales de parte de las autoridades cuyo ejemplo paradigmático sería el incendio del Lazareto de Maravillas de Lima en 1909.

El segundo apartado, dedicado al miedo, se inicia con la descripción de la carroza para apestados bubónicos, propia del s. XX, que traía como correlato minuciosos protocolos de desinfección. La pandemia de la COVID-19, con dispositivos coetáneos, no hizo más que actualizar dichas estructuras donde, por lo demás, se evidencia la designación reiterativa de labores peligrosas, ominosas y sensibles a los otros

raciales y culturales. Luego de tal paralelo histórico, el texto reflexiona sobre algunos modos en los que se declinó el temor de cara a la pandemia contemporánea: el exacerbado recurso religioso (expresados en eventos de devoción deliberadamente confeccionados por las autoridades civiles, eclesiásticas y empresariales, así como en la pregnancia de variopintas profecías), el delirio consumista de las élites citadinas (cuya finalidad fue la ostentación banal del espectáculo, antes que el valor de uso de la mercancía obtenida) y el escrutinio incesante y puntilloso de las estadísticas (donde la vida humana se vuelve una abstracción cuantitativa).

El tercer momento del texto, sobre la violencia, se inicia con una descripción de la década de los 90 cuando la epidemia del cólera se ceñía sobre el convulso escenario del conflicto armado interno. Luego de ello, se da paso a la exposición del vínculo entre racismo e higienismo, donde el asedio a la población no blanca fue una constante histórica, realizada, verbigracia, contra los migrantes asiáticos. Los “inmundos barrios chinos” fueron tópicos tenaces desde, por lo menos, comienzos del s. XX. Asimismo, pese a que en el caso de la COVID-19 el virus fue “importado”, en su mayoría, por las clases altas, persistió la violencia racial, física y simbólica de ellos contra las otras clases sociales al asumirlas como portadoras innatas de la infestación: “Reapareció la matriz ideológica naturalista del entresiglos que asociaba a los sujetos de ciertas ‘razas’ y clases sociales a condiciones patológicas” (161). Por otro lado, la pandemia actual es vista también

como un ejercicio desmedido del poder estatal (y, en entrelíneas, del empresarial) sobre la vida de los sujetos bajo la excusa de la profilaxis clínica: “Esta respuesta sanitaria implicaba una voluntad de dominio, recubierta con un discurso higienista y racialista” (157).

El último conjunto de ensayos se articula en torno al humor. Este fue una respuesta ágil ante la inclemencia del contagio: “reír contra la muerte y sonreír ante nuestras desventuras. No es escapismo, sino una legítima respuesta cultural de resistencia” (177-178). Ello resulta ostensible en los versos de Leonidas N. Yerovi y en los trazos de los caricaturistas célebres o anónimos del s. XX donde se trasluce una amplia polisemia que juega con las metáforas y las metonimias para producir efectos cómicos. Asimismo, resultaron objeto de broma los médicos y los políticos peruanos, así como las conductas exageradamente sobreprotectoras de algunos sectores de la población que se guiaban más por una lógica superficial que por una razón médica fundada. En todo caso, se trata de “burlarse de la enfermedad, no de los enfermos” (221).

Por todo lo dicho, *Hijos de la peste* es un libro que, escrito bajo la exasperación de la actual pandemia, ofrece una necesaria y actual historia de las infecciones colectivas. Naturalmente, el texto carece de una sistematicidad deliberada y de una linealidad histórica inflexible, así como se apoya en una mirada artística y cultural antes que en una visión epidemiológica y positiva. No obstante, la diversidad y la profundidad de las fuentes, la riqueza de las

breves reflexiones digresivas, el aporte de una perspectiva objetiva y, a la vez, subjetiva, la erudición literaria, la valiosa galería de imágenes y, en fin, la prosa fresca y, al mismo tiempo, académica convierten al libro en un documento sugerente y significativo. Asimismo, la multidimensionalidad de su perspectiva, que elucida tanto problemas sociales y culturales como clínicos, permiten asir la relevancia de su aportación, ora a la bibliografía especializada, ora a la construcción de una ciudadanía consciente y cultivada que tendrá que juzgarse a sí misma bajo los inexorables reflectores de la historia.

Jesús Ayala-Colqui

Universidad Científica del Sur,
Lima

Edwin Chillce Canales *La poética chanka en tres poemarios*. Lima: Editorial Horizonte / Fondo Editorial de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM, 2020. 176 pp.

El libro que reseñamos a continuación es resultado de la tesis de maestría presentada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por Edwin Chillce Canales, quien, con gran acierto y lucidez, se propone estudiar la poesía quechua de Dida Aguirre, Ugo Carrillo y Carlos Huamán. Su derrotero de investigación no es para nada inocente, ya que continúa empleando la etnopoética quechua como herramienta metodológica para realizar su abordaje crítico, tal como la empleara en su primera investigación sobre el testimonio quechua de Victoriano Tarapaki, y que ahora